



Contribuciones desde Coatepec

ISSN: 1870-0365

rcontribucionesc@uaemex.mx

Universidad Autónoma del Estado de México
México

Alpízar Muciño, Arturo
Boceto de una generación casi perdida
Contribuciones desde Coatepec, vol. En3, núm. 9, julio-diciembre, 2005, pp. 7-12
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28100902>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Boceto de una generación casi perdida

Es en el rostro, pero sobre todo, en la mirada, donde se captan las tempestades y la geografía del espíritu.

ARTURO ALPÍZAR MUCIÑO*

Presentación

Juego de azar y de posibilidades, de riesgo y de pasiones. Ariel Ortega Treviño y José Blanco Regueira, dos vocaciones que conjuntan su labor filosófica en un documento que ha pasado inadvertido para la bibliografía de la especialidad: *Alrededor del juego y el deseo*.

Una mancuerna al estilo de Heráclito y Parménides, que en apariencia son diferentes y en ocasiones hasta opuestos, pero en realidad, en la estructura fundamental son semejantes. Para ambos hacer filosofía constituye un todo individual, como una obra de arte, no sólo es pasado, ante todo es presente, *desbordamiento*.

El filósofo piensa y vive en el mismo plano, la individualidad de su obra filosófica es coherente; para algunos, misteriosa y para otros, transparente; su pensar es una respuesta universal a los problemas de su vida. Para Blanco Regueira era común repetir: “la gente es como es”, evocando —a su manera— la multicitada frase: “las cosas son como son”.

La filosofía es necesaria porque el individuo quiere saber ¿por qué vive?, ¿para qué? y ¿cuál es el sentido de su vida? Para Ariel Ortega el pensamiento fundamental no tenía ningún sentido, lo importante era vivir, vivir intensamente, al estilo que proponía José Ortega y Gasset y el propio Nietzsche.

Ambos, conocedores de Jacques Derrida, Eugenio Trías, Platón, Nietzsche, Hegel, Freud, Heidegger, Espinoza, Epicuro, Parménides y Sartre, entre otros.

* Maestro en Filosofía, profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Incansables charlas de pasillo y de cafetería deambulan en la memoria, y en los oídos de sus alumnos susurran las carcajadas irónicas del desacuerdo cubiertas de frases cortas, precisas, cifradas en un castellano al estilo ibérico.

Su concepción de la filosofía es semejante, pesimista, cada uno desde su perspectiva, nunca iguales. *Alrededor del juego y el deseo* es la obra de Ariel Ortega en la que Blanco Regueira regala una bella muestra de lo que es la filosofía de fin de milenio.

De nuevo al origen

En la última década del siglo xx, Blanco Regueira, en unas cuantas páginas, describe el panorama de la filosofía, de la actividad del pensamiento por excelencia, y dice que “por filosofía no se puede entender hoy más que un discurso póstumo, armado entre los restos de un incendio” (Ortega, 1990: 7). La actividad creadora e indagadora del pensamiento ha pasado a segundo término, del gran edificio del conocimiento sólo quedan los escombros, ruinas en las que se levantan algunos espíritus extravagantes que preservan la memoria olfativa que descubre sólo vestigios.

Eugenio Trías en la obra *La filosofía y su sombra* se formula las preguntas ¿qué es la filosofía?, ¿qué papel cumple?, “¿es un discurso nostálgico que añora un pasado glorioso y presiente un futuro desgraciado?” (Trías, 1988: 33) aunque el planteamiento de este autor es en términos interrogativos, lleva implícita la afirmación, de lo cual podemos desprender la percepción que permeaba en el ambiente académico.

En un artículo publicado en 1977, “La inscripción filosófica de ausencia”, Blanco Regueira ya comenta que “más allá de la crisis de la figura filosófica de la esencia, el pensar se sigue pensando a sí mismo como un estatuir fundador” (1977: 9). Una de las funciones de la reflexión filosófica sigue siendo la fundamentación del conocimiento y un constante reconstruirse a sí mismo. La acción fundante del saber es lo primordial, lo primario, no es moda ni capricho. Pero sobre todo, existe una articulación intrínseca entre filosofía y ciencia en el problema de la fundamentación. Actualmente vislumbramos que ésta es “la época de crisis de la figura onto-lógica del saber” (1977: 12). En esta época, Blanco Regueira orienta su discurrir filosófico apoyado en los planteamientos de la dialéctica hegeliana, como puede apreciarse en las siguientes referencias: “la filosofía se inscribía como ausencia en el espacio de la determinación filosófica de la presencia” (1977: 12), “la ausencia es el devenir-otro

del Otro, el devenir que asegura a la vez la permanencia del Mismo y el sentido develador de la palabra que diciéndolo lo pierde” (1977: 17).

Al objeto fragmentado de la filosofía le corresponde recuperar y reordenar las partes mismas del pensamiento, cuando en Hegel había una perfecta articulación de “la Cosa del pensar como recuperación y suma de los *gastos* del Espíritu” (Ortega, 1990: 7). El saber absoluto con su propia fuerza generó su destrucción por el abuso de las posibilidades de la razón. *La fenomenología del Espíritu* representa la potencia “infinita” del espíritu; para dar la idea de *acabamiento*, Hegel recurrió a la imagen de *desborde*.

En el caso de Nietzsche y el Zarathustra también se maneja la idea de *desborde*, contraria al principio de economía libidinal, la rebosadura se vuelca en el plano de la vida, basado en el exceso, ocasionando desequilibrio, y se mantiene a distancia de los vuelcos de la razón.

Con otra perspectiva diferente a la de los materialistas, Nietzsche también cuestionó la actitud contemplativa de la filosofía, consideraba que para alcanzar la cresta de la ola es necesario movilizar más que la mirada del filósofo, “que al fin y al cabo la contempla desde la playa, a resguardo de lo que ruge en las profundidades” (Ortega, 1990: 8). Este tipo de acción es firme, intempestiva, espontánea y transparente como la risa del niño.

Lo peor de la situación es que la ciencia supone haber “superado” a la metafísica, es una terrible enfermedad que se manifiesta en el “culto al conocimiento como *aprehensión* y *conservación* de lo aprehendido” (Ortega, 1990: 8), vicio de guardar todo en la memoria, como si el acto de pensar pudiera reducirse al simple almacenamiento en lugar de un desdoblamiento de sí mismo; como si el acto de pensar fuera el retorno a casa en lugar de la pasión y aventura ante nuevos horizontes. Para algunos científicos, incluso para los neopositivistas, la metafísica es un pseudo-saber.

A lo largo del siglo xx, la filosofía fue tomando el lugar que ahora tiene, actualmente nos resulta claro que la filosofía no incorpora nada a las ciencias, la filosofía no compite con las ciencias, la filosofía es una *analítica* de las ciencias, porque se encarga de investigar su lógica y sus medios. Es una analítica de las ciencias, porque clarifica sus enunciados y procedimientos. Es una teoría de las teorías como lo estableciera Karl Popper; en suma es una reflexión sobre los diferentes saberes.

En el ocaso del planteamiento hegeliano, se deja oír el clamor de un cuerpo sin sentido, sin figura y casi sin vida. “La apuesta de la razón consiste en reducir la materia del grito al entramado ideal de las significaciones” (Orte-

ga, 1990: 9), de acuerdo con un conjunto de reglas que fijan y deslindan, proceso de transformar el devenir en una sucesión de pasos, la vida en una serie de etapas y el tiempo en una historia. Injusticia de la razón que ciñe sobre los hombres un entramado de signos al servicio de una camisa de fuerza. Esta es la base del sueño que sostiene la mente desequilibrada de los racionalistas y la voluntad emprendedora de los científicos.

Eugenio Triás considera que “el saber absoluto sólo es posible mediante la totalización de todas esas figuras ‘refutadas’, mediante el recorrido doloroso —verdadero cáliz y calvario del Espíritu, camino de duda y desesperación— de todos esos momentos necesarios. El saber absoluto es el *recuerdo* de esas imágenes periclitadas, su absorción melancólica y crepuscular en el concepto” (1988: 55).

En tiempos de ruina como éstos, cualquier intento por reconstruir la morada del *logos* simplemente es inútil. La fe en la ciencia sirve de refugio a la vanidad y el regodeo de aquéllos que la cultivan. Lo conveniente, como dice Blanco Regueira, es seguir ejercitando en “el uso de la nariz y el martillo” (Ortega, 1990: 9). La primera, para identificar los aspectos que ensombrecen y enervan nuestras vidas; el segundo, para destruir la ingenuidad de aquéllos que pretenden devolver a los ídolos caducos su vigencia.

Al quehacer filosófico le antecede un prolongado y paciente husmeo, disciplina profunda del pensar. Además, es necesario el rigor sereno y la puntería del cazador para que cada sentencia acierte en el corazón de la idea.

Rigor que se alcanza con el dolor propio de la disciplina que altera las normas de enlace de una razón deductiva. Rigor que no se divulga, sino que se ejerce, y para lo cual no hay profesores.

El ejercicio del pensar forma parte de un *juego* que es pariente del juego de dados, “no sólo porque implica la repetición de los golpes sino porque confía todo al azar” (Ortega, 1990: 10). Aunque teorizar sea un juego lo es siempre a partir de cierto decaimiento, porque en la médula del concepto se acalla la intensidad de la sangre.

El hombre, en el sacrificio del cuerpo, juega y canta, por la insistencia, la testarudez del instinto que repite los golpes de los dados y el martillo; que por azar o por insistencia es posible que el pensamiento pueda transformar el estruendo del derrumbe en música. En el mejor de los casos, cabe preguntarse si la conciencia permanecerá por siempre en la media noche, a la intemperie anhelando un estado imposible.

Concluye Blanco Regueira diciendo que si “hemos de contentarnos con el saber oscuro del bebedor de cicuta que pone en la muerte la esperanza suprema, o bien hemos de uncir el pensamiento al desborde insistente del gozo que ‘quiere la eternidad’” (Ortega, 1990: 10). Cualquiera que sea el resultado, la apuesta no forma parte del cálculo de la historia, ni en la peor de las catástrofes hay pérdida cuando el ejercicio del pensar enciende en nosotros la flama de la pasión gozosa.

La causa del comentario

Las notas anteriores se desprenden de los aforismos que Ariel Ortega presenta fresca, espontáneamente y cargados de vida, pero, sobre todo, de un pro-fundo deseo, el deseo de vivir. A su manera, Eugenio Trías nos vuelve a reafirmar que “las filosofías, en efecto, son unitarias a nivel de problemática y son distintas a nivel de modalidad. De ahí la paradoja del discurso filosófico: su monótono carácter repetitivo y su aspecto de ‘casa de locos’” (1988: 56).

Ludwig Wittgenstein, en el *Tractatus Logico Philosophicus* dice que el mundo no está constituido por las cosas, el mundo es el mundo de los hechos, mientras que Ariel Ortega dice: “El mundo es el mundo del devenir” (Ortega, 1990: 20), considera que la filosofía se preocupa por las descripciones generales que suponen haber encontrado las leyes que rigen el mundo; con gran acierto cuestiona: ¿a quién le interesan las leyes eternas?

Por otra parte, reitera que el fracaso de la filosofía es una constante que expresa el pensamiento epistemológico desde sus orígenes. La madeja de las contradicciones y la diversidad de opiniones son los puntos nodales de la crítica contra la filosofía.

Uno de los planteamientos mejor logrados del material es la crítica a la duda cartesiana y a la duda radical, donde se reitera una frase de las sentencias de Heráclito cuando afirma los sentidos nos engañan, es posible que nos equivoquemos frecuentemente en el razonamiento matemático, no es posible distinguir la vigilia del sueño, más aún que se dude de la existencia de nuestro cuerpo, este tipo de ejercicios se ubica en los bordes de la razón y el delirio, la pregunta obligada: ¿a quién se le ocurre cuestionarse sobre estos aspectos? alterando el primer principio de realidad, aquí y ahora, sólo una mente delirante puede poner en duda la existencia de sí mismo.

Conclusiones

1. Las grandes diferencias del pensamiento de Blanco Regueira y Ariel Ortega hacen indagar con mayor cuidado en las profundidades de su pensamiento para encontrar sus coincidencias.
2. Al estilo de Nietzsche, Ariel Ortega habla con soltura, belleza y elocuencia; mientras que Blanco Regueira hace patente su afición por Heidegger, Hegel y Eugenio Trías, entre otros.
3. Blanco Regueira fue hombre de su tiempo y de su circunstancia, su concepción filosófica muestra el rigor, el dominio y hasta el talento para navegar en las profundidades del pensamiento.
4. La vida de Blanco Regueira es una síntesis de la filosofía del siglo xx, la diversidad, los vuelcos radicales y hasta la constante: la decadencia del ejercicio del pensamiento.
5. Hay espíritus testarudos que con el golpe de dados y martillo bregan en la parcela de la filosofía, para que se pueda hacer visible lo que para algunos es invisible.
6. Es pertinente conservar a la filosofía, aunque sea bajo el estatuto de la exclusión como se puede apreciar en las reflexiones de Blanco Regueira y de Ariel Ortega.

Fuentes

- Blanco Regueira (1977), "La inscripción filosófica de ausencia", en *Revisión filosófica*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 80 pp.
- ____ (1999), "De estoicos y modernos", *Revista de la Facultad de Ingeniería*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 96 pp.
- Heller, Agnes (1991), "La filosofía", en *Sociología de la vida cotidiana*, Barcelona, Península, pp 205-211.
- Landgrebe, Ludwig (1987), *La filosofía actual*, Venezuela, Monte Ávila Editores, pp. 7-23.
- Ortega Treviño, Ariel (1990), *Alrededor del juego y el deseo*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 84 pp.
- Tomasini Bassols, Alejandro (1988), *El pensamiento del último Wittgenstein, problemas de filosofía contemporánea*, México, Trillas, 108 pp.
- Trías, Eugenio (1988), *La filosofía y su sombra*, México, Seix Barral, 180 pp.
- Ursúa, Nicanor; Ignacio Ayestarán y Juan de Dios González (2004), *Filosofía crítica de las ciencias humanas y sociales*, México, Ediciones Coyoacán, pp. 7-27.